



Van Morrison, a la izquierda, junto al teclista Jeff Leach y el contrabajista David Hayes, el pasado día 3, en Las Palmas de Gran Canaria. / ANGEL MEDINA G./ EFE

El juglar hipnótico ha pasado en sus últimos e imagino que venturosos años de ser un icono minoritario y reverenciado a hacerle surrealista compañía en el fatigoso hilo musical de los ascensores, grandes almacenes, consultas médicas y demás templos de la música a vocécitas aún más estomagantes que melosas como la de Julio Iglesias. Gente que ignoraba o despreciaba los legendarios y hondos rugidos de este león irlandés íntima y transparentemente herido, han descubierto que mola cantidad, no pueden vivir sin él, han puesto de masiva moda al sentimental y desgarrado animal de las cavernas.

Y al escuchar hasta en la sopa el ancestral sonido de mi alma tengo la adolescente y celosa sensación de que me han robado algo que sólo nos pertenecía por derecho a los fanáticos y ya invernales integrantes de la secta Morrison. Y hace demasiado tiempo que el hom-

## Uno de los míos, uno de los grandes

Carlos Boyero

bre hosco no nos regala una obra maestra, aunque en todos sus discos existan dos o tres canciones geniales, y tengo la sensación de que dosifica su incomparable genio o le da por cantar y tocar caprichos alejados de sus mejores esencias, y es problemático que vuelva a alcanzar la torrencial belleza de cuatro joyas llamadas *Moondance*, *Astral weeks*, *It's too late to stop now* y *One night in San Francisco*, que seguirán aliviando el corazón y regalándole cosas buenas para el alma a los melómanos cuando hayan pasado tres siglos, y estoy

convencido de que jamás volverá a regalarnos en el escenario una actuación tan prodigiosa como la que le filmó Scorsese interpretando espasmódicamente *Caravan* en *El último vals*.

Aclarada mi añoranza por aquellos irrecuperables esplendores, me acerco por novena vez a Van Morrison con idéntico éxtasis al de los peregrinos que acuden a La Meca y al Vaticano. Con la seguridad de que ese individuo bajito y gordo posee un arte superior, la capacidad de expresar los sentimientos más profundos, creador de una música que no admite la tibiedad emocional en el receptor, que te consuela, te identifica y emociona cuando los tiempos son duros, cuando la soledad, el desamor o la pérdida asfixian más de lo debido y que te lleva directamente al cielo cuando atraviesas momentos relacionados con la plenitud. Ojalá que esta noche se sienta con ganas. Aparecerá la magia. Nos hará felices.